

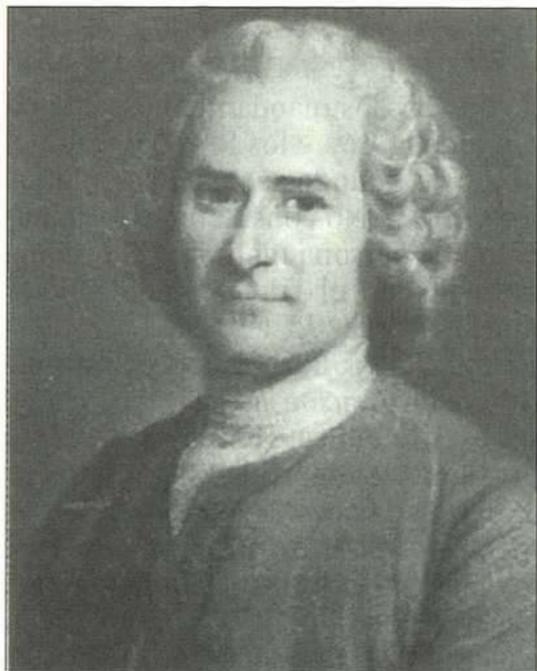
Bibliotecas robinsonianas

Emilio Pascual

La biblioteca ideal de Emilio

EMILIO O LA EDUCACIÓN

PRIMERA EDICIÓN: 1762



Jean-Jacques Rousseau
(1712-1778)

Se llamó Emilio, y su maestro pudo haberse llamado Pigmalión. De la criatura sólo sabemos que era huérfano y que cayó en manos de un pedagogo apasionado. Del educador, varias contradicciones y un axioma que las resume todas: «Todo es perfecto cuando sale de las manos de Dios, pero todo degenera en las manos del hombre». Enunciado también de este otro modo: «El hombre es naturalmente bueno, pero la sociedad deprava y pervierte a los hombres». Casualmente, entre las cosas que han fabricado las manos del hombre figuran las bibliotecas.

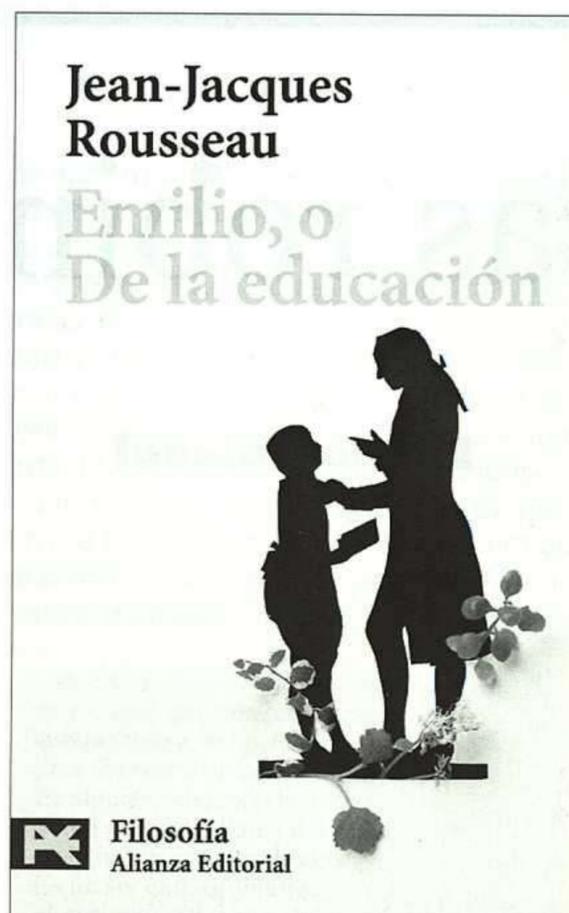
No quiso aparecer como verdugo, ni que el niño resultase una pesada carga. Consecuente con aquel principio suyo de que el único libro digno de tal nombre es la naturaleza,¹ consideraba que «el abuso de los libros mata la ciencia» y que «la mucha lectura sólo sirve para hacer ignorantes pretenciosos». Vaticinó que «la lectura es el azote de la infancia» y el camino más recto para alcanzar la infelicidad ya desde los primeros años. «¡Libros! ¡Qué objetos más tristes para su edad!» Y concluía: «¿Cómo? ¿No es nada el ser feliz?».

Fiel a su convicción de que «tantos libros nos hacen olvidar el libro del mundo», escatimó a Emilio los libros de tal modo, que de momento, y «durante mucho tiempo», uno solo compondría «toda su biblioteca»: el *Robinson*² y aun éste, aliviado de «todo su fárrago», reducido en suma a la solitaria estancia del naufrago en la isla. Desconfiaba de la memoria, y se negaba a que Emilio retuviera ni siquiera las fábulas de La Fontaine. Sólo varios años después permitiría la entrada al segundo libro: ése sería Plutarco,³ y no sin antes haber desalojado a Polibio, a Salustio y a Suetonio; a Tácito, por ser «libro de ancianos», aunque le concedía la gracia de haber descrito a los germanos de su tiempo mejor que ningún historiador moderno a los alemanes; a Tucídides, porque «siempre habla de guerras», defecto que comparte con la *Anábasis* y los *Comentarios* de César; a Heródoto, por sus «simplicidades, más propias para viciar el gusto de la juventud que para encauzarlo»; a Tito Livio, por político y retórico. Cabe preguntarse por qué —¿en un momento de debilidad viajera?— toleró a Montesquieu y sugirió la lectura del *Espíritu de*

las leyes como la mejor forma de estudiar «las necesarias relaciones de las costumbres con el Gobierno».

A los 22 años hizo un intercambio de libros con Sofía. Le cambió *El Espectador*⁴ por *Las aventuras de Telémaco*, el único libro de Sofía, como el *Robinson* lo había sido de Emilio (y lo sería de Gabriel Betteredge). Es de saber que Emilio no tenía noticia de la obra de Fénélon, aunque —de un modo nunca suficientemente aclarado— conocía la *Odisea* y a Homero, «el único poeta que nos transporta a los lugares que describe».

Podemos presumir que, andando el tiempo, y ya lejos de la influencia directa de su educador, tal vez Emilio añadiera algún libro a su biblioteca, siquiera de los autores antiguos. Aunque siempre nos asalta la sospecha de que acaso nunca lo hizo, siquiera en memoria de alguna vieja enseñanza de su maestro, como aquella de que, «aun cuando se quitaran de los pueblos todos los reyes y todos los filósofos, poco se notaría su falta y



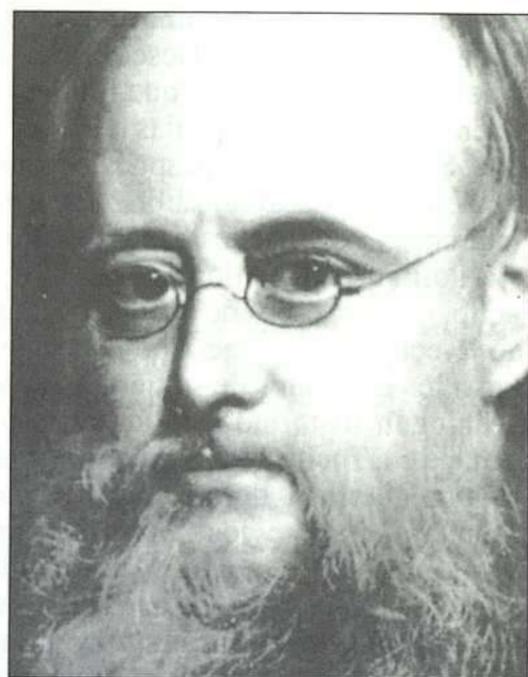
no iría peor el mundo». Porque si, en efecto, «los hombres cuanto más saben más se equivocan, el único medio de evitar el error es la ignorancia». No sin

una cáustica ironía le había escrito Voltaire: «Nunca se ha empleado tanto talento en intentar tornarnos animales. Leyendo vuestra obra, dan ganas de caminar a cuatro patas».

Un 2 de junio de 1778, el pedagogo de Emilio murió en un idílico jardín, frente al castillo de Ermemonville. «El mundo real tiene sus límites, el imaginario es infinito». Esto había escrito el hombre que no logró ver concluida (*en un jardín o un parque que son polvo*) la cabaña que el marqués de Girardin le había prometido, para que pudiera vivir en contacto con la naturaleza, según había predicado. Quizá lo haya redimido la pretensión, no sé si conseguida, de haber querido educar a Emilio «no para desear ni para sufrir, sino para ser feliz, el fin de todo ser sensible, el primer deseo que nos imprimió la naturaleza y el único que no nos abandona». Y acaso también una melancólica constatación: la de que «todo lo que amamos, tarde o temprano ha de faltarnos». Incluso los amigos, los amores, los libros y las bibliotecas.

LA PIEDRA LUNAR

PRIMERA EDICIÓN: 1868



Wilkie Collins (1724-1789)

Robinson: la biblioteca y el lector

El encanto de las bibliotecas minúsculas se manifiesta en que su poseedor suele conocerlas de memoria, como una calle transitada con frecuencia. *Timeo hominem unius libri*, parece que pensó Tomás de Aquino, y Mr. Betteredge lo confirmó con su devoción por un solo libro. Justo el mismo libro que, en esencia, había compuesto la biblioteca anterior.

Gabriel Betteredge, el sosegado mayordomo de Lady Julie Verinder, no fue rústico, patán ni malmirado escudero; antes bien, había leído en sus tiempos muchos libros, y hasta se consideraba un erudito a su manera. Ignoramos si entre sus abundantes lecturas estuvo el *Emilio* de Rousseau. Lo cierto es que, a los 70 años, con una memoria todavía ágil y unas piernas tan ágiles como la memoria, concluyó que, del mismo mo-

do que en dos mandamientos se encierren toda la Ley y los Profetas, todos los libros del mundo se resumen en uno: el *Robinson*. «No consideren mis palabras como de persona ignorante —argumentaba él, con el filo más aguzado que nunca—, cuando les diga que, en mi opinión, otro libro como el intitolado *Robinson Crusoe* no ha sido ni podrá ser escrito nunca. He recurrido a él año tras año y siempre he hallado en él al amigo que necesitaba en todos los momentos críticos de mi vida. Cuando estoy de mal humor, *Robinson Crusoe*. Cuando necesito algún consejo, *Robinson Crusoe*. En el pasado, cuando mi mujer me importunaba, y en el presente, cuando he bebido más de la cuenta, *Robinson Crusoe*. He gastado seis ricios Robinsones, tras haberles obligado a trabajar duramente a mi servicio. Con

ocasión de su último cumpleaños, recibí de manos de mi ama el séptimo. A causa de ello bebí un trago de más, y *Robinson Crusoe* me devolvió el equilibrio. Su precio, cuatro chelines y seis peniques, encuadernado en azul, con un retrato por añadidura».

De pocas bibliotecas guardamos una descripción tan exacta y emotiva. Los antiguos, en esas encrucijadas de la vida, empleaban a Virgilio como vehículo del azar o del destino: las *sortes virgilianae* tenían la virtud de facilitar la más difícil cosa, orientando la voluntad en alguna decisión difícil. Algunos osamos hacer *sortes quixotescae* entre el abandono y el recelo. El lector ya ha adivinado que Gabriel Betteredge hizo casi toda su vida *sortes robinsonianae* con su libro.

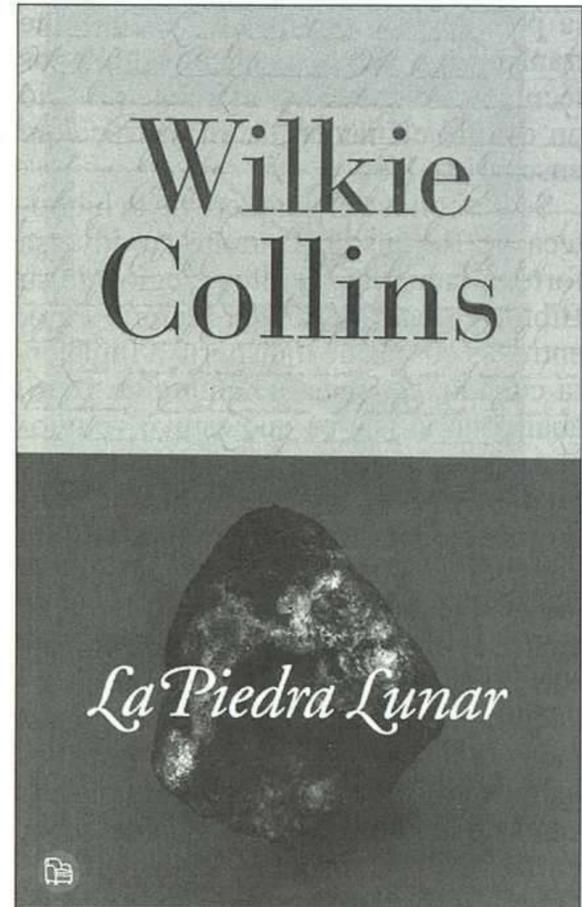
Pero la biblioteca de Gabriel Betteredge, como las cajas chinas, escondía en su interior otra biblioteca: la del propio Robinson, que fue también hombre de un solo libro. O, para ser más exactos, de muchos encuadernados en uno: la Biblia.

Robinson Crusoe no da muchas explicaciones en su crónica. Aunque al principio se lamenta de que podría perder incluso la noción del tiempo «por falta de libros, pluma y tinta», unas líneas más abajo aclara que había olvidado mencionar otros «artículos no menos útiles» como «plumas, tinta y papel, de los cuales había varios paquetes al cuidado del capitán». Estas herramientas le permitirían llevar un diario, hasta que se le acabó la tinta, una de las pocas cosas que no fue capaz de fabricar. Sabemos que, tras el naufragio, ocurrido el 30 de septiembre de 1659, rescató «tres Biblias en óptimas condiciones, algunos libros portugueses, entre ellos dos o tres devocionarios papistas, y otros muchos volúmenes que conservó con todo cuidado».

Durante varios meses los libros permanecieron en un arcón, junto a «un rollo de tabaco bastante curado y algo más aún verde», hasta que unas fiebres le impulsaron a abrirlo, y parece que allí encontró remedio para el cuerpo y para el espíritu.

Si Gabriel Betteredge hacía sus *sortes* con el *Robinson*, Robinson hizo las suyas con la Biblia. Un versículo de los Salmos le causó viva impresión, y unos días después se aplicó «seriamente» a la lectura del Nuevo Testamento y se impuso la tarea de leerlo a diario. Nos consta que, aparte de los Salmos, visitó, o conocía de antemano, los libros de los Reyes, el libro de Josué, el primero de Samuel, el de Isaías y el de Job; el Evangelio de Lucas, los Hechos de los Apóstoles, las Cartas a los Romanos, a los Hebreos y la Primera de Juan.

Tres veces al día leía las Escrituras, acaso por simetría con el alimento corporal. No sabemos que leyera ningún otro libro, ni nos dejó información suplementaria sobre los títulos restantes del arcón. Una reflexión agradecida sobre el descubrimiento de que «acaso podía sentirse más feliz en aquella situación solitaria que gozando de libertad en la vida social», y suficientemente compensado por las deficiencias derivadas de su «soledad y la necesidad de compañía humana», autorizaría a pensar que fue el *Kempis* uno de los devocionarios



papistas cuyo título omitió. Pero si no pudimos verificar su lugar para tal libro en la biblioteca del *Nautilus*, no hay razones para otorgárselo en el barco de un traficante de esclavos.

Durante su estancia en la isla no necesitó otra lectura que la Biblia. Tal vez la indigencia, el desvalimiento y el desamparo conducen a la religiosidad y la filosofía. Lo cierto es que Robinson, en la precariedad de su estado, se pregunta por el origen de un mundo en que hay océanos y estrellas, naufragios e islas. Y también por el uso que de las cosas hace el ser humano, el único que tiene la capacidad de pervertir las buenas con su abuso.

Justo en la mitad de su crónica, un día descubre Robinson la huella nítida de un pie desnudo en la arena de la playa, y aquel signo inquietante desata de nuevo sus particulares reflexiones: «Hoy amamos lo que mañana odiamos. Hoy buscamos lo que mañana evitamos; hoy deseamos lo que mañana nos hará temblar de horror», dice. Pero la aparición de Viernes le depara dos placeres socráticos: el de la conversación y el de

ROBINSON CRUSOE

PRIMERA EDICIÓN: 1719



Daniel Defoe (1660-1731)

la pedagogía. Solo que Robinson, que transmitió a Viernes sus conocimientos técnicos, religiosos y morales, pretirió un detalle elemental de su instrucción: enseñarle a leer.

Se desconoce el paradero de la biblioteca de Robinson. Durante su adversa fortuna había hecho altos elogios de su Biblia y de su periódica lectura. Pero, entre las cosas que transportó a Inglaterra cuando, el 19 de diciembre de 1686, abandonó la isla en que estuvo veintiocho años, dos meses y diecinueve días, no nombra libro alguno. Él, que no olvidó mencionar, «como reliquias, el gran gorro de piel de cabra, la sombrilla y el loro»; que, a pesar del apóstrofe inicial contra el dinero, tampoco olvidó embarcarlo, aunque, por «haber estado guardado tanto tiempo sin usar, estaba totalmente oxidado y ennegrecido, y apenas hubiese podido hacerlo pasar por plata si antes no lo hubiese frotado y limpiado»; él, Robinson Crusoe, no consideró necesario informarnos sobre el destino final de su biblioteca. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. Aseguraba que los antiguos no necesitaron libros: «La faz de la tierra era el libro donde se conservaban sus archivos; las rocas, los árboles, los pedregales, consagrados por estos actos, y acatados con respeto por aquellos hombres bárbaros, eran las hojas de este libro, abierto siempre a todos los ojos».

2. No creo que fueran éstas las razones que movieron a Lockwood Kipling a regalarle un *Robinson* a su hijo. En todo caso, en la memoria última de Rudyard Kipling sobrenada el *Robinson*, *El Pirata* y la voz de su tía leyéndole *Las mil y una noches*. En cambio, cabe la duda de si las mismas razones impulsaron a Lichtenberg a opinar que la historia de Robinson y Viernes ocupaba un lugar

más meritorio en la cultura occidental que toda la oronda poesía de Klopstock, antes que una especie de antídoto contra el *furor wertherinus* de la época. Lo cierto es que no evitó escribir este aforismo: «La mucha lectura nos ha brindado una barbarie ilustrada».

3. En lo que coincidió con Montaigne cuando di-

jo: «Plutarco es mi hombre» (*Ensayos*, II, 10, «De los libros»).

4. ¿Quién le hubiera dicho a Joseph Addison (1672-1719) que su *Spectator* llegaría a conseguir el honor de figurar en la estricta Biblioteca de Emilio bajo el título francés de *Le Spectateur ou le Socrate moderne?*



J. J. GRANDVILLE, ROBINSON CRUSOE, ANAYA, 1982.

VISITE NUESTRA PÁGINA WEB

Dirección

Favoritos

Historial

Buscar



www.revistacli.com

► Consulte los sumarios de cada mes. ► Las ofertas de monográficos, números atrasados y tapas para encuadernar. ► Las tarifas de publicidad.

► Las condiciones de suscripción.

**Y ESTÉ ATENTO A LAS NOVEDADES DE ESTE AÑO:
EN 2003 ¡CUMPLIMOS 15 AÑOS!**